

MARGARET MACMILLAN
PARÍS, 1919
Seis meses que cambiaron el mundo

Traducción del alemán de Jordi Beltrán Ferrer

Título original: *Peacemakers. The Paris Conference of 1919 and Its Attempt to End War*

1.ª edición en Tusquets Editores: octubre de 2005

1.ª edición en esta presentación: septiembre de 2017

La autora y el editor quisieran dar las gracias a las siguientes entidades por permitirles reproducir las ilustraciones que se citan a continuación: Láminas 1 y 7, Princeton University Press Library; 2, 4, 5, 8, 9, 11 a 13, 16, 17, 20 a 24, 27 y 28, Hulton Getty; 3 y 29, patronato del Imperial War Museum, Londres; 10, 14, 18, 25 y 26, archivo fotográfico de *The Illustrated London News*; 15, 19 y 30, Marty Evans Picture Library. Derechos reservados.

© de la traducción: Jordi Beltrán Ferrer, 2005

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquets-editores.es

ISBN: 978-84-9066-436-0

Depósito legal: B. 14.066-2017

Fotocomposición: Binorama

Impreso por Egedsa

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos	11
Nota sobre los topónimos	13
Mapas	14
Introducción	19
Primera parte: La preparación de la paz	
1. Woodrow Wilson llega a Europa	29
2. Primeras impresiones	45
3. París	55
4. Lloyd George y la delegación del Imperio británico	66
Segunda parte: Un nuevo orden mundial	
5. Somos la Liga del Pueblo	85
6. Rusia	97
7. La Sociedad de Naciones	121
8. Mandatos	139
Tercera parte: De nuevo los Balcanes	
9. Yugoslavia	153
10. Rumania	171
11. Bulgaria	184
12. Pausa en pleno invierno	192
Cuarta parte: El problema alemán	
13. Castigo y prevención	207
14. Contener a Alemania	217
15. Pagar la cuenta	234
16. Punto muerto sobre las condiciones para Alemania	251
Quinta parte: Entre el este y el oeste	
17. Polonia renacida	265

18. Checos y eslovacos	291
19. Austria	307
20. Hungría	320

Sexta parte: Una primavera turbulenta

21. El Consejo de los Cuatro	339
22. Italia abandona	346
23. Japón y la igualdad racial	393
24. Un puñal dirigido al corazón de China	412

Séptima parte: Oriente Próximo en llamas

25. El mayor estadista griego desde Pericles	441
26. El final de los otomanos	463
27. La independencia árabe	480
28. Palestina	514
29. Atatürk y la ruptura de Sèvres	533

Octava parte: Los toques finales

30. La Galería de los Espejos	569
-------------------------------------	-----

Conclusión	599
------------------	-----

Apéndices

Notas	609
Bibliografía	669
Índice onomástico	690

<i>Ilustraciones</i>	[377-392]
----------------------------	-----------

Woodrow Wilson llega a Europa

El 4 de diciembre de 1918, el *George Washington* zarpó de Nueva York con la delegación estadounidense en la Conferencia de Paz a bordo. Los cañones dispararon salvas, las multitudes congregadas en los muelles prorrumpieron en vítores, los remolcadores hicieron sonar sus sirenas, y aviones y dirigibles del ejército volaron en círculo. Robert Lansing, el secretario de Estado estadounidense, soltó varias palomas con mensajes dirigidos a sus parientes en los que expresaba sus profundas esperanzas de paz duradera.¹ El barco, que había sido un transatlántico alemán, pasó por delante de la estatua de la Libertad y entró en el Atlántico, donde una escolta de destructores y acorazados esperaba para acompañar al *George Washington* y su cargamento de grandes expectativas hasta Europa.²

A bordo se encontraban los mejores expertos disponibles, salidos de las universidades y del gobierno, con cajones llenos de material de consulta y estudios especiales, los embajadores francés e italiano en Estados Unidos y Woodrow Wilson. Ningún presidente estadounidense había ido a Europa durante su mandato. Los adversarios de Wilson le acusaban de infringir la constitución; hasta sus partidarios pensaban que tal vez era una imprudencia. ¿Perdería el presidente su gran autoridad moral participando en el ajeteo de las negociaciones? La opinión del propio Wilson era clara. Firmar la paz era tan importante como lo había sido ganar la guerra. Se lo debía a los pueblos de Europa, que pedían a gritos un mundo mejor; se lo debía a los miembros de las fuerzas armadas estadounidenses. «Ahora es mi obligación», dijo a un Congreso meditabundo justo antes de emprender el viaje, «interpretar hasta el fin mi papel, para hacer realidad aquello por lo que dieron la vida.» Un diplomático británico fue más cínico: dijo que Wilson se sentía atraído por París como «una debutante se siente extasiada ante la perspectiva de su primer baile».³

Wilson escribió a su gran amigo Edward House, que ya se encontraba en Europa, que contaba con permanecer en el viejo continente

sólo el tiempo necesario para trazar las líneas generales de los acuerdos de paz. No era probable que se quedara hasta que tuviera lugar la Conferencia de Paz oficial con el enemigo.⁴ Se equivocó. La conferencia preliminar se convirtió, sin quererlo nadie, en la definitiva y Wilson se quedó durante la mayor parte de los seis meses cruciales comprendidos entre enero y junio de 1919. La cuestión de si debía o no haber ido a París, que preocupó a tantos de sus contemporáneos, parece ahora poco importante. Desde Franklin Roosevelt en Yalta, hasta Jimmy Carter en Camp David o Bill Clinton en Wye River, los presidentes estadounidenses se han sentado a trazar fronteras y negociar acuerdos de paz. Wilson había establecido las condiciones para los armisticios que pusieron fin a la Gran Guerra. ¿Por qué no debía participar también en la forja de la paz?

Aunque al ser elegido presidente en 1912 Wilson no mostraba gran interés por la política exterior, las circunstancias y sus propios principios políticos progresistas le habían hecho cambiar de postura. Al igual que muchos de sus compatriotas, había acabado viendo la Gran Guerra como una lucha entre las fuerzas de la democracia, por más que estuvieran representadas imperfectamente por Gran Bretaña y Francia, y las de la reacción y el militarismo, representadas demasiado bien por Alemania y Austria-Hungría. Con el saqueo de Bélgica, la guerra submarina sin limitaciones y su osadía al tratar de inducir a México a hacer la guerra contra Estados Unidos, Alemania había empujado a Wilson y a la opinión pública estadounidense hacia los Aliados. Al producirse en Rusia una revolución democrática en febrero de 1917, desapareció una de las últimas reservas: que entre los Aliados hubiera una autocracia. Aunque en su campaña de 1916 había prometido que el país seguiría siendo neutral, Wilson metió a Estados Unidos en la guerra en abril de 1917. Estaba convencido de hacer lo correcto. Lo cual tenía su importancia para el hijo de un pastor presbiteriano que compartía la profunda convicción religiosa de su padre, aunque no su vocación.

Wilson nació en Virginia en 1856, justo antes de la guerra civil estadounidense. Aunque durante toda su vida siguió siendo un hombre del sur en muchos aspectos —la insistencia en el honor y sus actitudes paternalistas ante las mujeres y los negros—, también aceptó el resultado de la guerra. Abraham Lincoln era uno de sus grandes héroes, junto con Edmund Burke y William Gladstone.⁵ El joven Wilson era a la vez muy idealista e intensamente ambicioso. Después de cuatro años muy felices en Princeton y una temporada poco grata ejerciendo la abogacía, encontró su primera vocación como maestro y

escritor. En 1890 volvía a estar en Princeton, como miembro destacado del cuerpo docente. En 1902 se convirtió en rector de la universidad, con el apoyo prácticamente unánime del patronato, el profesorado y los estudiantes.

Durante los ocho años siguientes Wilson transformó Princeton, que dejó de ser una letárgica escuela universitaria para caballeros y se convirtió en una gran universidad. Cambió el plan de estudios, recaudó importantes cantidades de dinero e introdujo en el profesorado a los jóvenes más brillantes y mejores de todo el país. En 1910 ya era una figura nacional y el Partido Demócrata de Nueva Jersey, controlado por dirigentes conservadores, le invitó a presentarse a las elecciones a gobernador. Wilson accedió, pero insistió en concurrir con un programa progresista que incluía el control de las grandes empresas y la extensión de la democracia. Obtuvo una victoria arrolladora y en 1911 ya empezaron a formarse clubes cuyo lema era «Wilson para la presidencia». Wilson hablaba por los desposeídos, los privados del derecho a voto y todos aquellos que no se habían beneficiado del rápido crecimiento económico de finales del siglo XIX. En 1912, en una larga y reñida convención, fue nombrado candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos. En noviembre, con los republicanos divididos por la decisión de Teddy Roosevelt de concurrir a las elecciones como progresista, Wilson fue elegido presidente. En 1916 fue reelegido con una proporción todavía mayor del voto popular.

Su carrera fue una serie de triunfos, pero hubo momentos aciagos, tanto en lo personal como en lo político, depresiones y enfermedades repentinas y desconcertantes. Asimismo, dejó tras de sí una estela de enemigos, muchos de los cuales antes eran sus amigos. «Un ingrato y un embustero», dijo un dirigente demócrata de Nueva Jersey en un brindis.⁶ Wilson nunca perdonaba a quienes no estaban de acuerdo con él. «Odiar se le da muy bien», comentó su encargado de prensa y devoto admirador Ray Stannard Baker.⁷ También era tozudo. Tal como dijo House en tono de admiración:

«Siempre que se plantea un asunto se muestra absolutamente imparcial y recibe con agrado todas las sugerencias o consejos que lleven a una decisión correcta. Pero se muestra receptivo sólo durante el periodo en que está sopesando el asunto y preparándose para tomar su decisión. Una vez la ha tomado, la decisión es definitiva y no quiere oír más consejos ni sugerencias. A partir de entonces no hay forma de hacerle cambiar de opinión».⁸

Lo que algunos consideraban admirable era egoísmo peligroso a ojos de otros. El embajador francés en Washington vio a «un hombre que, de haber vivido hace un par de siglos, habría sido el mayor tirano del mundo, porque no parece tener la más leve idea de que alguna vez pueda estar equivocado».⁹

Esta faceta del carácter de Wilson se manifestó en el momento de escoger a los demás comisionados o plenipotenciarios, como se llamaba a los delegados principales, que debían acompañarle en la Conferencia de Paz. Él mismo era uno. House, «mi alter ego», como le gustaba decir a Wilson, era otro. Escogió a regañadientes a Lansing, su secretario de Estado, como tercer plenipotenciario, principalmente porque hubiera sido embarazoso dejarle en casa. Mientras que en otro tiempo Wilson había admirado el inmenso cúmulo de conocimientos de Lansing, su meticulosa mente de hombre de leyes y su aparente disposición a permanecer en segundo plano, en 1919 la simpatía de antes ya había dado paso a la irritación y el desdén. Resultó que Lansing tenía opiniones, a menudo muy firmes, que se contradecían con las del presidente. «No tiene imaginación», se quejó Wilson a House —que tomó nota con entusiasmo—, «ni capacidad constructiva, y muy poca verdadera capacidad, del tipo que sea.»¹⁰ El cuarto plenipotenciario, el general Tasker Bliss, ya se encontraba en Francia en calidad de representante estadounidense en el Consejo Supremo de la Guerra. Personaje reflexivo e inteligente, a quien encantaba pasar el tiempo en la cama con una petaca de licor leyendo a Tucídides en griego, era también un hombre que, según creían muchos de los miembros subalternos de la delegación estadounidense, hacía ya mucho tiempo que había dado lo mejor de sí. Quizás eso no importaba, ya que Wilson sólo hablaría con él en cinco ocasiones durante la Conferencia de Paz.¹¹ El último elegido por el presidente, Henry White, era un diplomático retirado, encantador y afable, cuya carrera había alcanzado su apogeo mucho antes de la contienda. A la señora Wilson le resultaría útil en París para resolver cuestiones de protocolo.¹²

La selección que hizo Wilson provocó un escándalo en Estados Unidos en aquel momento y ha suscitado polémicas desde entonces. «Un hatajo de tacaños», dijo el ex presidente republicano William Taft; «Lo diría bajo juramento si sirviese de algo».¹³ Wilson había desairado deliberadamente a los republicanos, la mayoría de los cuales había apoyado la guerra con entusiasmo a la vez que muchos de ellos compartían ahora su visión de una Sociedad de Naciones. El humorista Will Rogers simuló que Wilson decía a los republicanos: «¿Saben lo que les digo? Vamos a medias. Yo iré y ustedes pueden quedarse en

casa». Incluso sus partidarios más acérrimos le habían instado a nombrar a hombres como Taft o al senador republicano de más edad en el importante Comité de Relaciones Exteriores, Henry Cabot Lodge. Wilson se negó, aduciendo diversas excusas poco convincentes.¹⁴ La verdadera razón era que no le gustaban los republicanos y no se fiaba de ellos. Pagó cara su decisión, porque debilitó su posición en París y perjudicó su sueño de un nuevo orden mundial con Estados Unidos en el centro.

Wilson continuaba siendo desconcertante, a diferencia de Lloyd George y Clemenceau, sus colegas íntimos en París. ¿Qué cabe pensar de un líder que hacía uso del lenguaje más noble de la Biblia y, pese a ello, era tan despiadado con quienes le contrariaban? Que amaba la democracia, aunque despreciaba a la mayor parte de los políticos de la oposición; que quería servir a la humanidad, pero tenía tan pocas relaciones personales... ¿Era, como pensaba Teddy Roosevelt, «el oportunista más insincero e insensible que hemos tenido en la presidencia»?¹⁵ ¿O se trataba, como creía Baker, de uno de aquellos raros idealistas, como Calvino o Cromwell, «que de vez en cuando han aparecido en la tierra y durante un momento, en un arrebatado de extraño poder, han elevado temporalmente a la humanidad errada a un nivel de satisfacción superior al que le correspondía»?¹⁶

Wilson quería poder y quería hacer grandes obras. Lo que unía las dos facetas de su carácter era su capacidad, tal vez engañosa, de formular sus decisiones de manera que fueran no sólo necesarias, sino correctas desde el punto de vista moral. Del mismo modo que la neutralidad de Estados Unidos en los primeros años de la guerra había sido correcta para los estadounidenses, y de hecho para la humanidad, la entrada final del país en el conflicto se convirtió en una cruzada contra la codicia y la insensatez humanas, contra Alemania y a favor de la justicia, la paz y la civilización. Con todo, esa convicción, sin la cual Wilson no hubiera podido intentar hacer lo que hizo en París, empujó al presidente a no tolerar las diferencias y a cerrar los ojos ante los intereses legítimos de los demás. Los que se oponían a él no sólo estaban equivocados, sino que eran perversos.

Como los alemanes. La decisión de entrar en guerra había sido muy dolorosa para Wilson. Había trabajado por una paz negociada entre los Aliados y las potencias centrales. Incluso cuando rechazaron su oferta de mediación, cuando los submarinos alemanes habían hundido barcos estadounidenses, cuando adversarios como Roosevelt habían atacado su cobardía y cuando su propio gabinete se había mostrado unánimemente partidario de entrar en guerra, Wilson se había

limitado a esperar. Al final se decidió, porque, a su modo de ver, Alemania no le dejaba otra opción. «Es aterrador», dijo al comparecer ante el Congreso en abril de 1917 para pedir una declaración de guerra, «conducir a este gran pueblo pacífico a la guerra, a la más terrible y desastrosa de todas las guerras, porque parece que la civilización misma está pendiente de un hilo.»¹⁷ En opinión del presidente, Alemania —o al menos sus líderes— llevaba una pesada carga de culpa. Se podía redimir a los alemanes, pero también había que castigarlos.

En las fotografías tomadas en 1919, Wilson parece un enterrador cadavérico, pero en persona era un hombre guapo, de rasgos finos y bien proporcionados y cuerpo enjuto y erguido. Había en su porte algo que recordaba a un pastor protestante o a un profesor universitario. Tenía mucha fe en la razón y los hechos, pero le pareció auspicioso desembarcar en Europa el viernes 13 de diciembre. El 13 era su número de la suerte.¹⁸ Hombre profundamente emocional, desconfiaba de la emoción en los demás. Era buena cuando hacía que las personas desearan lo mejor; peligrosa cuando, como el nacionalismo, las embriagaba. Lloyd George, que nunca acabó de tomarle la medida, enumeró las cualidades de Wilson a un amigo —«bondadoso, sincero, sin dobleces»— y a continuación añadió: «carente de tacto, obstinado y vanidoso».¹⁹

En público Wilson era rígido y ceremonioso, pero con sus íntimos era encantador e incluso amigo de las bromas. Se sentía especialmente a gusto con las mujeres. Solía mostrar un gran dominio de sí mismo, pero durante la Conferencia de Paz perdió los estribos con frecuencia. (Es posible que sufriera un derrame cerebral en París.) Le encantaban los juegos de palabras y las quintillas jocosas, y le gustaba ilustrar sus razonamientos con anécdotas desenfadas. Disfrutaba imitando acentos: escocés o irlandés, como sus antepasados, o de los negros del sur, como la gente que trabajaba para él en Washington. Era frugal en sus hábitos y a lo sumo bebía un vasito de whisky al caer la noche. Le encantaban los artilugios y le gustaban las películas, que a la sazón eran un invento reciente. Durante el viaje a Europa acostumbraba a asistir a las sesiones de cine que tenían lugar después de la cena. Una noche la película principal llenó a todos de consternación, porque era un melodrama titulado *The Second Wife* (La segunda esposa).²⁰

Las relaciones de Wilson con las mujeres siempre habían dado pie a algunas habladurías. Durante su primer matrimonio tuvo amistad estrecha, posiblemente incluso romántica, con varias mujeres. Su primera esposa, a la que había amado de manera profunda aunque no con pasión, había muerto en 1914; a finales de 1915 volvía a estar

casado, con una viuda rica de Washington que era unos diecisiete años más joven que él. Que eso fuera motivo de chismorreos le desconcertaba y enfurecía. Nunca perdonó a un diplomático británico por un chiste que circuló por Washington: «¿Qué hizo la nueva señora Wilson cuando el presidente se le declaró?» «Se cayó de la cama debido a la sorpresa». La familia y los amigos de Wilson eran más caritativos. «¿Verdad que es maravilloso ver a papá tan feliz?», exclamó una de sus hijas. House, que más adelante se convertiría en enemigo implacable de la señora Wilson, escribió en su diario que era un alivio que el presidente tuviera a alguien que compartiese sus preocupaciones: «Su soledad es patética».²¹

Edith Bolling, la nueva señora Wilson, acompañó al presidente a Europa, privilegio que no se concedió a esposas menos importantes. Era afectuosa, alegre y reía mucho. Le encantaban el golf, ir de compras, las orquídeas y las fiestas. Todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía unos ojos maravillosos, pero algunos la encontraban regordeta y decían que su boca era demasiado grande. En París opinaban que llevaba vestidos excesivamente ceñidos y escotados, y las faldas demasiado cortas.²² A Wilson le parecía hermosa. Al igual que él, era oriunda del sur. La señora Wilson dijo a una compatriota que no quería acostumbrar mal a su doncella llevándosela a Londres, porque los ingleses trataban demasiado bien a los negros.²³ Aunque era propensa a flirtear, como correspondía a una dama del sur, era una astuta mujer de negocios. Después de la muerte de su primer marido, había llevado la joyería de la familia. Al casarse con Wilson, éste dejó bien claro que esperaba de ella que compartiera su trabajo. Edith aceptó el ofrecimiento con entusiasmo. No tenía nada de intelectual, pero era lista y decidida.²⁴ También era ferozmente leal a su nuevo esposo. Wilson la adoraba.

A bordo del *George Washington* los Wilson hacían vida aparte, comían casi siempre en su camarote y paseaban por cubierta cogidos del brazo. Los expertos estadounidenses estaban ocupados con sus mapas y sus papeles y se preguntaban unos a otros, con cierta inquietud, cuál sería la política de su país. Wilson había hablado mucho de principios generales, pero había mencionado pocos detalles. Un joven llamado William Bullitt se atrevió a abordar al presidente y decirle que su silencio los tenía confundidos a todos. Wilson se mostró sorprendido, pero accedió amablemente a reunirse con una docena de los principales expertos. «Por primera, por primerísima vez», dijo después uno de ellos, «el presidente ha hecho saber a todos cuáles son sus ideas y cuál es su política.» Habría pocas ocasiones parecidas.²⁵ Los expertos salie-

ron de la reunión animados e impresionados. Wilson se mostró accesible y amistoso. Habló de la pesada tarea que les aguardaba y les dijo que contaba con que le proporcionasen la mejor información. Añadió que podían acudir a él en cualquier momento. «Ustedes me dicen lo que está bien y yo lucharé por ello.» Se disculpó por hablar de sus propias ideas: «no eran muy buenas, pero las consideraba mejores que todas las cosas que había oído».²⁶

Wilson señaló que, en lo que se refería a negociar la paz, su país desempeñaría el papel que en justicia le correspondía: el de árbitro. Debían estar a la altura de las grandes tradiciones estadounidenses de justicia y generosidad. Al fin y al cabo, serían «las únicas personas imparciales que participarían en la Conferencia de Paz». Advirtió que había algo más: «Los hombres con los que íbamos a negociar no representaban a su propio pueblo». Ésta era una de las hondas convicciones de Wilson, lo cual es curioso si se tiene en cuenta que en aquellos momentos el Congreso de su propio país estaba dominado por sus contrincantes políticos. Durante toda la Conferencia de Paz se aferró a la creencia de que hablaba en nombre de las masas y de que, si lograba llegar a ellas —ya fueran francesas, italianas o incluso rusas—, aceptarían sus puntos de vista.²⁷

Tocó otro de sus temas favoritos: aseguró a sus oyentes que Estados Unidos no había entrado en guerra por razones egoístas. En esto, como en tantas otras cosas, se diferenciaba de otras naciones, porque no quería territorios, tributos ni siquiera venganza. (Como señal de que la participación estadounidense en la contienda era diferente de la de los europeos, Wilson siempre había insistido en que Estados Unidos era un asociado y no un aliado.) Estados Unidos actuaba generalmente sin egoísmo: al ocupar Cuba, por ejemplo. «Habíamos entrado en guerra con España», recalcó, «no por la anexión, sino para ofrecer a la desamparada colonia la oportunidad de ser libre.»²⁸

Wilson tendía a echar mano de ejemplos latinoamericanos, porque la mayoría de sus experiencias formativas en el campo de las relaciones exteriores habían estado relacionadas con América Latina. Había reformado, al menos a su propio gusto, la Doctrina Monroe, aquel desafío famoso lanzado a los europeos en 1823 para que se abstuvieran de todo intento de colonizar el Nuevo Mundo otra vez. La doctrina se había convertido en un precepto fundamental de la política exterior de Estados Unidos, una capa —al decir de muchos— debajo de la que se ocultaba la dominación estadounidense de sus vecinos. Wilson la veía más bien como el marco dentro del cual todas las naciones de América colaboraban pacíficamente y un modelo para las nacio-

nes europeas en guerra. Lansing tenía sus dudas al respecto, como era habitual con las ideas de Wilson: «la doctrina es exclusivamente una política *nacional* de Estados Unidos y tiene que ver con su seguridad nacional y sus intereses vitales».²⁹

Wilson prestaba poca atención a lo que veía como objeciones quisquillosas de Lansing.³⁰ Tenía muy claro que sus intenciones eran buenas. Cuando tropas estadounidenses desembarcaban en Haití, Nicaragua o la República Dominicana, era para defender el orden y la democracia: «Voy a enseñar a las repúblicas sudamericanas», había dicho en su primer mandato presidencial, «a elegir a hombres buenos».³¹ Raramente mencionaba que también estaba protegiendo el canal de Panamá y las inversiones estadounidenses. Durante su presidencia, Estados Unidos intervino repetidamente en México para tratar de imponer allí el tipo de gobierno que quería Washington. «El propósito de Estados Unidos», dijo Wilson, «es única y exclusivamente garantizar la paz y el orden en América central asegurándose de que los procesos de autogobierno allí no sean interrumpidos o dejados de lado.»³² Se llevó una sorpresa cuando los mexicanos no vieron de igual manera el desembarco de tropas estadounidenses y las amenazas de la misma procedencia.

La aventura mexicana también demostró la propensión de Wilson, tal vez inconsciente, a hacer caso omiso de la verdad. La primera vez que envió tropas a México dijo al Congreso que era en respuesta a provocaciones e insultos repetidos a Estados Unidos y sus ciudadanos por parte del general Huerta, el hombre que empezó la revolución mexicana. En realidad Huerta había puesto mucho cuidado en evitar lo que Wilson le imputaba.³³ En la Conferencia de Paz de París, el presidente afirmaría no haber visto jamás los acuerdos secretos que los Aliados habían tomado durante la guerra y que, por ejemplo, prometían territorio enemigo a Italia. El ministro de Exteriores británico, Arthur Balfour, se los había enseñado en 1917.³⁴ Lansing, refiriéndose a su presidente, dijo en tono agrio: «Incluso se pasaban por alto hechos comprobados si no encajaban en su intuición, esa facultad semidivina de elegir lo que está bien».³⁵

Como puso de manifiesto el embrollo mexicano, Wilson no temía utilizar el considerable poder de su país, ya fuera económico o militar. Al terminar la Gran Guerra, Estados Unidos era una nación mucho más poderosa que en 1914. Entonces contaba con un ejército minúsculo y una marina de guerra mediana; ahora tenía más de un millón de soldados sólo en Europa y su marina de guerra rivalizaba con la británica. De hecho, los estadounidenses tendían a dar por sen-

tado que habían ganado la guerra para sus aliados europeos.³⁶ La economía de Estados Unidos había avanzado mucho a medida que los campesinos y las fábricas del país producían grandes cantidades de trigo, carne de cerdo, hierro y acero para los Aliados. Mientras la parte estadounidense de la producción y el comercio mundiales crecía inexorablemente, la de las potencias europeas se estancaba o decaía. Lo más importante de todo para sus relaciones futuras era que Estados Unidos había pasado a ser el banquero de los europeos. Los aliados europeos debían en total más de siete mil millones de dólares al Gobierno de Washington y alrededor de la mitad de esa suma a los bancos estadounidenses. Wilson daba por seguro, y luego se vio que pecaba de exceso de confianza, que Estados Unidos se saldría con la suya por el sencillo procedimiento de ejercer presiones económicas.³⁷ Como dijo David Hunter Miller, su asesor jurídico:

«Europa está arruinada económicamente y sus gobiernos lo están moralmente. La mera insinuación de una retirada estadounidense, debida a la oposición a sus deseos de justicia, de equidad y de paz, provocaría la caída de todos los gobiernos de Europa sin excepción, y una revolución en todos los países europeos con una sola posible excepción.»³⁸

En la reunión celebrada en el *George Washington*, Wilson también habló brevemente de las dificultades con que tropezarían en el caso de las naciones surgidas de las ruinas de Europa central: polacos, checos, yugoslavos y muchos más. Podían tener la forma de gobierno que quisieran, pero debían incluir en sus nuevos estados sólo a quienes quisieran formar parte de ellos. «Criterio no [es] quiénes son líderes intelectuales, sociales o económicos, sino quiénes forman masa del pueblo», anotó uno de sus oyentes. «Deben tener libertad... ésa es la clase de gobierno que quieren.»³⁹

De todas las ideas que Wilson trajo a Europa, este concepto de la autodeterminación era, y ha seguido siendo, uno de los más controvertidos y opacos. Durante la Conferencia de Paz, el jefe de la misión estadounidense en Viena pidió varias veces a París y Washington una explicación de los términos. No recibió ninguna respuesta.⁴⁰ Nunca ha sido fácil determinar el sentido de las afirmaciones de Wilson. «Desarrollo autónomo», «el derecho de quienes se someten a la autoridad a tener voz en sus propios gobiernos», «los derechos y las libertades de las naciones pequeñas», un mundo seguro «para todas las naciones amantes de la paz que, como la nuestra, deseen vivir su propia vida,

decidir sobre sus propias instituciones»: ⁴¹ las frases habían salido de la Casa Blanca e inspirado a los pueblos de todo el mundo. Pero ¿qué significaban? ¿Se refería Wilson, como a veces parecía, tan sólo a una extensión del autogobierno democrático? ¿Quería decir realmente que cualquier pueblo que se considerara nación debía tener su propio Estado? ⁴² En una declaración que redactó, pero nunca llegó a utilizar, para persuadir al pueblo estadounidense de apoyar los acuerdos de paz, afirmó: «decimos ahora que todas estas personas tienen derecho a vivir su propia vida bajo los gobiernos que ellas mismas elijan formar. Ése es el principio estadounidense». ⁴³ Sin embargo, no sentía ninguna simpatía por los nacionalistas irlandeses y su lucha por liberarse de la dominación británica. Durante la Conferencia de Paz insistió en que la cuestión irlandesa era un asunto interno de los ingleses. Cuando una delegación de nacionalistas irlandeses le pidió apoyo, le entraron ganas, según dijo a su asesor jurídico, de mandarlos al cuerno. Opinaba que los irlandeses vivían en un país democrático y podían resolver las cosas por medios democráticos. ⁴⁴

Cuanto más se examina el concepto de autodeterminación de Wilson, más dificultades aparecen. Lansing se preguntó: «Cuando el presidente habla de “autodeterminación”, ¿en qué piensa? ¿Se refiere a una raza, un territorio o una comunidad?». Lansing opinaba que era una calamidad que la palabra se le hubiera ocurrido un día a Wilson. «Infundirá esperanzas que nunca podrán cumplirse. Me temo que costará miles de vidas. Forzosamente acabará quedando desacreditada y dirán que fue el sueño de un idealista que no se percató del peligro, hasta que ya era demasiado tarde para detener a los que intentaban convertir el principio en una realidad». ⁴⁵ Tal como se preguntó Lansing, ¿qué constituía una nación? ¿Era una ciudadanía compartida, como Estados Unidos, o una etnicidad compartida, como Irlanda? Si no se autogobernaba, ¿debía hacerlo? Y en tal caso, ¿qué grado de autogobierno era suficiente? ¿Podía una nación, fuera cual fuese su definición, existir felizmente dentro de un Estado plurinacional mayor? A veces parecía que el presidente pensaba que sí. Después de todo, provenía de un país que albergaba a muchas nacionalidades diferentes y que había hecho una guerra terrible, que Wilson recordaba muy bien, para preservar su unidad.

Al principio no quería desmembrar los grandes imperios plurinacionales como Austria-Hungría o Rusia. En febrero de 1918 había dicho al Congreso que las aspiraciones nacionales «bien definidas» debían satisfacerse, pero sin «introducir nuevos elementos de discordia y antagonismo, o perpetuar los que ya existían, que con el tiempo

probablemente alterarían la paz de Europa y, por consiguiente, del mundo». ⁴⁶

Eso dio pie a otra serie de interrogantes. ¿Qué era un nacionalismo «bien definido»? ¿El polaco? Obviamente. Pero ¿y el ucraniano? ¿O el eslovaco? ¿Y las subdivisiones, los católicos ucranianos, por ejemplo, o los polacos protestantes? Las posibilidades para dividir a los pueblos eran infinitas, especialmente en Europa central, donde la historia había dejado una rica mezcla de religiones, lenguas y culturas. Alrededor de la mitad de sus habitantes podía contarse como miembros de una minoría nacional u otra. ⁴⁷ ¿Cómo iban a asignarse los pueblos a tal o cual país, cuando las líneas divisorias entre una nación y otra eran tan poco claras? Una solución consistía en dejar que los expertos se encargasen de ello. Que estudiaran la historia, recopilaran estadísticas y consultaran con los habitantes de la región. Otra solución, en apariencia más democrática, que ha estado flotando en las relaciones internacionales desde la Revolución francesa, era dar a los habitantes la oportunidad de elegir por medio de un plebiscito, con el voto secreto, administrado por algún organismo internacional. Parece ser que el propio Wilson no daba por sentado que la autodeterminación entrañase plebiscitos, pero en 1918 mucha gente ya creía que así era. ¿Quién debía votar? ¿Sólo los hombres o también las mujeres? ¿Sólo los residentes o cualquier persona que hubiera nacido en la zona en litigio? (Los franceses rechazaron con firmeza la idea de un plebiscito sobre los territorios que habían perdido, Alsacia y Lorena, alegando que el voto sería injusto, porque Alemania había expulsado a los habitantes francófonos y había introducido alemanes.) ¿Y si los habitantes del lugar no sabían a qué nación pertenecían? En 1920, al preguntar un investigador independiente a un campesino de Bielorrusia —en las fronteras donde se mezclaban rusos, polacos, lituanos, bielorrusos y ucranianos— qué era, la única respuesta que obtuvo fue: «Soy un católico de estos pagos». ⁴⁸ Expertos estadounidenses en Carintia, en los Alpes austriacos, preguntaron qué había que hacer al encontrar personas «que no quieran formar parte de la nación de sus hermanos de sangre o muestren una indiferencia absoluta ante todas las cuestiones nacionales». ⁴⁹

A finales de 1919 Wilson, escarmentado, dijo al Congreso: «Cuando pronuncié aquellas palabras [“que todas las naciones tenían derecho a la autodeterminación”] fue sin saber que existían las nacionalidades, las cuales acuden a nosotros día tras día». ⁵⁰ Wilson no fue responsable de la propagación de movimientos nacionales que buscaban sus estados propios —esa búsqueda había empezado en las postris-

merías del siglo XVIII—, pero, como dijo Sidney Sonnino, el ministro de Exteriores italiano, «no cabe duda de que la guerra había surtido el efecto de exacerbar el sentimiento de nacionalidad... Tal vez Estados Unidos lo fomentó al plantear los principios de manera tan clara».⁵¹

Wilson pasó la mayor parte del tiempo en la conferencia con sus expertos dedicado a lo que más importancia tenía para él: la necesidad de encontrar una nueva manera de dirigir las relaciones internacionales. No fue una sorpresa para sus oyentes. En sus famosos Catorce Puntos de enero de 1918 y en discursos posteriores había esbozado sus ideas. El equilibrio de poder, según dijo al Congreso estadounidense en su discurso de los «Cuatro Principios» en febrero de 1918, estaba desacreditado para siempre como medio de preservar la paz. No habría más diplomacia secreta del tipo de la que había llevado a Europa a hacer pactos calculadores, promesas imprudentes y alianzas comprometedoras, así como otras cosas que conducían a la guerra. Los acuerdos de paz no debían dejar el camino abierto a guerras futuras. No debía haber castigo ni reclamaciones injustas, ni los vencidos debían pagar multas enormes —indemnizaciones— a los vencedores. Ése había sido el error de Prusia después de derrotar a Francia en 1870. Los franceses nunca habían perdonado a Alemania por el dinero que habían pagado y la pérdida de sus territorios de Alsacia y Lorena. Era necesario poner más trabas a la guerra. Tenía que haber controles de armamento, incluso un desarme general. Los barcos debían navegar libremente por los mares del mundo. (Los ingleses sabían muy bien que eso significaba el fin de su arma tradicional —que consistía en estrangular la economía del enemigo bloqueando sus puertos y confiscando sus barcos— que había provocado la caída de Napoleón y, según pensaban ellos, acelerado la victoria aliada sobre Alemania.) Había que bajar las barreras comerciales para que las naciones del mundo fueran más interdependientes.

En el centro de la visión de Wilson había una Sociedad de Naciones que aportaría la seguridad colectiva que, en una sociedad civil bien dirigida, proporcionaba el gobierno, sus leyes, sus tribunales y su policía. «El viejo sistema de poderes, de equilibrio de poder, había fallado con demasiada frecuencia», anotó un experto mientras hablaba el presidente. La Sociedad debía tener un consejo que pudiera «entrometerse» en caso de surgir disputas. «Si no conseguía nada la nación culpable sería proscrita... “Y ahora los proscritos no gozan de popularidad”,»⁵²

La visión de Wilson era liberal y cristiana. Ponía en entredicho la opinión de que la mejor forma de preservar la paz era fomentar el

equilibrio entre las naciones, por medio de alianzas si hacía falta, y de que la fuerza, y no la seguridad colectiva, era el medio de impedir el ataque. Wilson también ofrecía una réplica a la opción que proponían los bolcheviques rusos: que la revolución traería un mundo único donde no habría conflictos. El presidente creía en las naciones independientes y en la democracia, como mejor forma de gobierno y también como fuerza beneficiosa en el mundo. Cuando los gobiernos fueran elegidos por el pueblo, no lucharían —de hecho no podrían luchar— unos contra otros.⁵³ «Estos principios son estadounidenses», dijo al Senado en 1917. «No podríamos defender otros. Y son también los principios y las ideas políticas de los hombres y las mujeres de miras amplias de todas partes, de todas las naciones modernas, de todas las comunidades progresistas. Son los principios de la humanidad y deben prevalecer.»⁵⁴ Wilson creía hablar en nombre de la humanidad. Los estadounidenses tendían a considerar que sus valores eran universales y que su sociedad y su gobierno eran modelos para el resto del mundo. Después de todo, Estados Unidos era un país que habían fundado personas que querían dejar un viejo mundo atrás y el objetivo de su revolución había sido, en parte, crear un mundo nuevo. La democracia de Estados Unidos, su constitución, incluso la forma en que ese país hacía las cosas, eran ejemplos que otros debían seguir por su propio bien. Como dijo uno de los más jóvenes estadounidenses que se trasladaron a París: «Antes de que hayamos terminado con estos tipos de aquí, les enseñaremos a hacer las cosas y a hacerlas rápidamente».⁵⁵

La actitud de los estadounidenses ante los europeos era compleja: una mezcla de admiración por sus logros en el pasado, el convencimiento de que los Aliados se hubieran visto perdidos sin Estados Unidos y la sospecha de que, si no tenían cuidado, los arteros europeos volverían a atraparles en sus redes. Mientras hacían sus preparativos para la Conferencia de Paz, los delegados estadounidenses sospechaban que los franceses y los ingleses ya estaban preparando sus trampas. Quizás el ofrecimiento de una colonia africana o un protectorado sobre Armenia o Palestina tentaría a Estados Unidos... y entonces, de pronto, sería demasiado tarde. Los estadounidenses se encontrarían envileciéndose bajo la mirada gozosa de los europeos.⁵⁶

El excepcionalismo estadounidense siempre ha tenido dos vertientes: una ansía arreglar el mundo; la otra está dispuesta a girar la espalda con desprecio, si no se hace caso de su mensaje. Wilson dijo a sus compañeros de viaje que los acuerdos de paz debían basarse en los nuevos principios: «Si no sale bien, el mundo pondrá el grito en el cielo». Añadió medio en broma que él iría a alguna parte «a esconder

la cabeza, quizás a Guam». ⁵⁷ La fe en su propio excepcionalismo a veces ha llevado a los estadounidenses a cierta cerrilidad, a la tendencia a predicar a las demás naciones en lugar de escucharlas, así como a dar por sentado que los motivos estadounidenses son puros mientras que los ajenos no lo son. Y Wilson era muy estadounidense. Acudió a la Conferencia de Paz, según dijo Lloyd George, como un misionero dispuesto a rescatar a los paganos europeos, con sus «sermoncillos» llenos de comentarios más bien obvios. ⁵⁸

Resultaba fácil burlarse de Wilson y muchos lo hicieron. También es fácil olvidar lo importantes que eran sus principios en 1919 y cuántas personas, y no sólo en Estados Unidos, querían creer en su gran sueño de un mundo mejor. Al fin y al cabo, tenían un terrible punto de referencia en las ruinas que dejara la Gran Guerra. Wilson mantenía viva la esperanza de que la sociedad humana, a pesar de la evidencia, estuviera mejorando; de que algún día las naciones vivirían en armonía. En 1919, antes de que cundiera la desilusión, el mundo estaba muy dispuesto a escucharle. Lo que Wilson tenía que decir tocó una fibra sensible, no sólo en los liberales o los pacifistas, sino también en las elites políticas y diplomáticas de Europa, las cuales, según se diría falsamente más adelante, no quisieron saber nada del asunto. Sir Maurice Hankey, secretario del Gabinete de Guerra británico y, luego, de la propia Conferencia de Paz, siempre llevaba un ejemplar de los Catorce Puntos en la cartera que reservaba al material de consulta crucial. Decía que eran el «trasfondo moral». ⁵⁹ En toda Europa había plazas, calles, estaciones de ferrocarril y parques que ostentaban el nombre de Wilson. En las paredes había carteles que clamaban «Queremos una paz de Wilson». En Italia los soldados se arrodillaban ante su fotografía; en Francia el periódico izquierdista *L'Humanité* sacó un número especial en el que las lumbreras de la izquierda francesa rivalizaban alabando el nombre de Wilson. Los líderes de la revuelta árabe en el desierto, los nacionalistas polacos en Varsovia, los rebeldes de las islas griegas, los estudiantes de Pekín, los coreanos que trataban de sacudirse la dominación japonesa: todos ellos se inspiraban en los Catorce Puntos. ⁶⁰ El mismo Wilson lo encontraba estimulante, pero aterrador. «Me pregunto», dijo a George Creel, su brillante jefe de propaganda, que se hallaba a bordo del *George Washington*, «si, sin darse cuenta, ha tejido usted una red para mí de la cual es imposible escapar.» Agregó que el mundo entero tenía los ojos puestos en Estados Unidos, pero ambos sabían que unos problemas tan grandes no podían resolverse enseguida. «Lo que me parece ver, y espero de todo corazón que esté equivocado, es una tragedia de decepción.» ⁶¹

El *George Washington* arribó al puerto francés de Brest el 13 de diciembre de 1918. Había pasado sólo un mes desde el fin de la guerra. Con Wilson de pie en el puente, el barco entró poco a poco por una avenida de acorazados de las marinas de guerra británica, francesa y estadounidense. El sol lucía por primera vez desde hacía días. Las calles estaban adornadas con coronas de laurel y banderas. Los carteles pegados en las paredes rendían homenaje al presidente; los procedentes de la derecha por salvarles de Alemania y los de signo izquierdista por el nuevo mundo que prometía. Gran número de personas, muchas de ellas luciendo la indumentaria tradicional bretona, abarrotaban las calles, las azoteas, los árboles; hasta las farolas estaban ocupadas. Llenaban el aire el sonido de las cornamusas bretonas y repetidos gritos de «*Vive l'Amérique, vive Wilson*». El ministro de Exteriores francés, Stéphane Pichon, dio la bienvenida a Wilson diciendo: «le estamos tan agradecidos por venir a darnos la paz que necesitamos». Wilson respondió sin comprometerse a nada y el grupo de estadounidenses subió al tren nocturno con destino a París. A las tres de la madrugada, el médico de Wilson miró casualmente por la ventanilla de su compartimento. «Vi no sólo hombres y mujeres, sino también niños de corta edad que esperaban con la cabeza descubierta y prorrumpían en vítores al pasar el tren especial.»⁶²

La acogida que Wilson encontró en París fue un triunfo todavía mayor, con multitudes aún más numerosas, «la más notable demostración», dijo un estadounidense que residía en la ciudad, «de entusiasmo y afecto por parte de los parisinos de la que haya oído hablar, y no digamos ver». El tren que llevaba al presidente entró en la estación de Luxemburgo, que aparecía engalanada con banderolas y banderas y grandes masas de flores. Clemenceau, el presidente del Gobierno francés, estaba allí con sus ministros y su antiguo adversario, el presidente de la república, Raymond Poincaré. Mientras los cañones retumbaban en todo París anunciando la llegada de Wilson, las multitudes empezaron a apretujarse contra los soldados que cubrían la carrera. El presidente y su esposa cruzaron la Plaza de la Concordia en un carruaje descubierto y subieron por los Campos Elíseos hasta llegar a su residencia en medio de los gritos de entusiasmo de la multitud. Aquella noche, durante una tranquila cena en familia, Wilson afirmó que estaba muy complacido con el recibimiento que le habían tributado. Dijo a los demás comensales que había «observado atentamente la actitud del gentío y estaba convencido de que era de lo más amistosa».⁶³